

Pro Ópera en Nueva York

por Ignacio Orendain Kunhardt

Cada año, al iniciarse la Primavera, un grupo de entusiastas miembros de Pro Ópera pasamos varios días en la ciudad de Nueva York, asistiendo al Metropolitan Opera House. En esta ocasión, tuvimos la oportunidad de atender cuatro representaciones de la ya agonizante temporada 2008-2009.

Antes de referirme a cada una de ellas, debo decir que, de nueva cuenta, el infalible sistema meteorológico con el que cuenta nuestro vecino país del Norte, desafortunadamente para quienes viajamos por esos días, no varió ni un ápice. Así, hubo nublados, frío, lluvia y sol.

Fue, además, para muchos de nosotros, una extraña experiencia percatarnos de la crisis que vive "la Gran Manzana": abundancia de taxis, cuyos conductores se mostraron amables; facilidad para entrar a restaurantes, cuando en el pasado había que reservar anticipadamente; mayor gentileza de los empleados en los hoteles y tiendas, aunque en las de marcas prestigiadas los dependientes parecían morir de hastío ante la falta de clientela. Inclusive, a juicio de algunas señoras que nos acompañaban, hasta la moda con diseños primaverales en general lucía pobre y desgarrada.

En fin, mejores tiempos vendrán y ojalá y la situación cambie en beneficio de todos. No obstante, fue increíble que en las cuatro óperas en que estuvimos presentes, el Met lució plétórico de fans. Este testimonio no busca ser una crítica depurada de los elementos que integraron las representaciones, sino sólo pretende dar breves pinceladas de lo que aconteció en escena.

En cuanto a *La sonnambula*, de Vincenzo Bellini, si bien la escenografía nos pareció monótona y pobre, la presencia de Natalie Dessay como Amina vino a comprobar la calidad de su voz y su desenfadada forma de actuar en un papel que parece hecho a su medida. Destacaron también Jane Bunnell, como Teresa, y Michele Pertusi caracterizando al Conde Rodolfo. La conducción de Evelino Pidò, de primer nivel, así como el coro, con Donald Palumbo al frente.

Nos gustó el tenor inglés Barry Banks, quien en ocasiones exageró el sonido y, además, fue objeto de comparación con el Elvino a cargo de Juan Diego Flórez, a quien vimos días antes en la transmisión directa que tuvo lugar en el Auditorio Nacional de la Ciudad de México y que causó sensación junto con la Dessay.

La puesta en escena de *Rigoletto*, de Giuseppe Verdi, nos pareció de



El grupo de Pro Ópera en el Boulud Bar de Nueva York. Primavera 2009

primer orden, y de igual manera las voces de Joseph Calleja, como el Duque de Mantua, Roberto Frontali, quien llenó de dramatismo el papel principal, y Diana Damrau, una delicada y bella Gilda. La orquesta, a cargo de Riccardo Frizza, sonó magnífica, y qué decir del coro, que nuevamente nos deleitó en cada una de sus intervenciones, otra vez dirigido por el maestro Palumbo.

A nuestro parecer, *Die Walküre*, parte de la tetralogía de Richard Wagner, constituyó la representación de mayor relieve en nuestra gira. ¡Cómo hizo sonar la orquesta el prodigioso James Levine! Metales y alientos, en verdad nos transportaron al mismísimo Valhalla. Sin excepción, todo el elenco estuvo en plan triunfante, con un equilibrio poco común en tan difícil ópera. Johan Botha como Siegmund; Waltraud Meier, una Sieglinde incansable; el gigantesco John Tomlinson en el papel de Hunding; James Morris, prototipo de Wotan; la debutante Irène Theorin, una real Walkiria de origen sueco, representando a Brünnhilde; e Ivonne Naef, en su carácter de Fricka, nos harán recordar para siempre esa noche, en la que fuimos testigos por última vez de la venerable producción de Otto Schenk.

Concluyó el viaje con un desangelado *L'elisir d'amore*, de Gaetano Donizetti, a pesar del esfuerzo de Angela Gheorghiu, interpretando a Amina, y la repetición del tenor Barry Banks, quien como Nemorino lució una peluca para verse más joven, debido a la ausencia de Rolando Villazón, quien se reportó enfermo. Simone Alaimo como Dulcamara estuvo a la altura requerida. Es posible que la ya tan vista escenografía nos produjo un general desencanto que, sin embargo, fue superado con nuestra animada cena de despedida en el Boulud Bar.

Tuvimos entonces en este viaje una sensación de paralelismo entre el clima neoyorquino y las óperas a las que asistimos; es decir, a veces con nublados, otras con lluvia y frío, y también con un sol primaveral esplendoroso. ●